





Iraida Vargas Arenas / Mario Sanoja Obediente

**LA PRETERIZACIÓN  
DE LOS INDÍGENAS**



COLECCIÓN  
DIFUSIÓN

**Coordinación de la colección**

Luis Felipe Pellicer  
Simón Sánchez

**Coordinación editorial**

Eileen Bolívar

**Asesoría editorial**

Marianela Tovar

**Diseño de la colección**

Aarón Mundo  
Gabriel A. Serrano S.

**Diseño de portada**

Gabriel A. Serrano S.

**Diagramación**

Ángel Urbáez

**Supervisión gráfica**

Gabriel A. Serrano S.

**Corrección**

Miguel Raúl Gómez

*La preterización de los indígenas*

Iraida Vargas Arenas / Mario Sanoja Obediente  
Primera edición, 2014

© Fundación Centro Nacional de Historia.  
Final Av. Panteón, Foro Libertador,  
edificio Archivo General de la Nación, P.B.  
Caracas, República Bolivariana de Venezuela  
[www.ministeriodelacultura.gob.ve](http://www.ministeriodelacultura.gob.ve)  
[www.cnh.gob.ve](http://www.cnh.gob.ve)  
[www.agn.gob.ve](http://www.agn.gob.ve)

Depósito legal LF22820149002345  
Impreso en la República Bolivariana de Venezuela

## **Presentación de la colección**

La Colección Difusión tiene como objetivo la socialización del conocimiento histórico a través de la masificación de textos escritos con un lenguaje sencillo y ameno dirigidos a la colectividad para dar a conocer temas de diversa índole: metodología, estudios regionales y locales, períodos, acontecimientos, biografías y ensayos históricos, entre otros. Todo esto con el fin de fortalecer el proceso de democratización real de la memoria nacional y dar continuidad al proceso de inclusión a partir de la divulgación de nuestra memoria histórica.

Junto con la revista *Memorias de Venezuela*, esta colección viene a contribuir con el propósito de difusión masiva de nuestra historia, objetivo esencial del Ministerio del Poder Popular para la Cultura a través del Centro Nacional de Historia y el Archivo General de la Nación. Se trata de continuar haciendo una historia del pueblo, para el pueblo y con el pueblo; un objetivo central del Gobierno Bolivariano tal como lo expresara el comandante presidente Hugo Rafael Chávez Frías. La historia es fundamental para el fortalecimiento de nuestra identidad y nuestra dignidad como pueblo, y también para empoderarnos de ella y enfrentar los desafíos en la construcción de la Patria socialista.

D

C O L E C C I Ó N  
**DIFUSIÓN**

# LA PRETERIZACIÓN DE LOS INDÍGENAS

Iraida Vargas Arenas  
Mario Sanoja Obediente

## El neocolonialismo

En los años inmediatamente anteriores e inmediatamente posteriores a 1830, con la muerte del Libertador y la destrucción de la Gran Colombia, se abrió el camino para que la oligarquía comenzara a establecer las bases ideológicas de lo que devendría plenamente, hacia finales del siglo, un nuevo colonialismo. Ese nuevo colonialismo, que se implementó mediante mecanismos de ocultación sistemática de los orígenes y las motivaciones del proceso colonial anterior, trató al mismo tiempo de aparecer como si se tratase de un proceso no colonial; se centró especialmente en el ámbito socioeconómico y político así como en el cultural, no solo en cuanto corpus jurídico y político, sino también en tanto sistemas de valores. Se utilizaron entonces nuevas herramientas de colonización tendientes a reforzar la universalización de los principios culturales de occidente —sobre todo los estadounidenses— como único y hegemónico modelo de desarrollo sociopolítico para todas las sociedades del mundo. Se promovió la cultura de los centros neocolonizadores con el fin de facilitar la asimilación cultural de los pueblos colonizados y para que, por lo tanto, se pudieran abrir las economías nacionales a las empresas multinacionales de dichos centros neocoloniales.

La ideología neocolonial ha sido, como lo indica su nombre, aquella que ha servido para justificar y legitimar una nueva colonización, ya sea tanto por parte del viejo como del nuevo imperio. Para el logro de esos objetivos, no es exagerado decir que la educación, y dentro de ella la enseñanza de la historia, permanece como una de las fuerzas principales para el mantenimiento de las relaciones de sometimiento que propicia el nuevo colonialismo; solo que este moderno colonialismo adopta muchas formas también nuevas: ya no es

descaradamente explícito como el de la Corona española en el siglo XVI sino que es soterrado; ya no solo controla económicamente, sino que también aliena culturalmente<sup>1</sup>.

Ese sometimiento se manifiesta, en suma, como una alienación silenciosa, que erosiona a la sociedad como un todo; una alienación que lleva a hacernos creer que somos libres y que somos asimismo miembros con pleno derecho de la llamada civilización occidental. Pero los venezolanos/as no somos solo occidentales —con un pasado que nos vincula con lo griego y lo romano—. Somos miembros y miembros del “pequeño género” humano de Simón Bolívar. Ese pequeño pero complejo y rico género que es también indio, negro y mestizo y de muchos otros colores y con varios géneros (Vargas y Sanoja 2012).

Entender este hecho resulta del todo fundamental a la hora de aproximarnos al pensamiento político venezolano contemporáneo, pues desde el punto de vista ideológico, la mayoría de los gobiernos que han existido en Venezuela desde 1830 en adelante se han visto obligados a renovar sus lealtades en un sentido concreto hacia el nuevo centro imperial, cuyo dominio ha tenido un gran número de consecuencias negativas para los pueblos neocolonizados del mundo, en especial el venezolano, que se materializaron de una manera muy concreta y fueron percibidas de manera unívoca —sobre todo entre los intelectuales y pensadores y pensadoras— como hitos de un nuevo panorama colonialista en el que, primando razones económicas y geoestratégicas, se los ha convertido directa o indirectamente en colonizados. Eso significó una nueva manera de legitimar las ya antiguas ideas y prácticas de relaciones coloniales.

Los ideólogos neocolonialistas trataron —diríamos nosotros: siguen tratando— por todos los medios de justificar una supuesta acción liberadora-democratizadora desde el exterior, matizando de esa

---

1 Para nosotros la ideología es el medio a través del cual opera la conciencia del ser, e incluye tanto la cultura como las experiencias de la vida cotidiana, las doctrinas intelectuales, la conciencia de los actores sociales, los sistemas de pensamiento y los discursos institucionales de una sociedad.

forma su propia acción colonial. Una de las herramientas empleadas ha sido tratar de implicarse en la cultura del otro popular y formar parte de su universo cultural y simbólico para manipularlo. No obstante, a diferencia de lo ocurrido en el período entre los siglos XVI y XX, dicho discurso, sobre todo a partir de finales del XX, comienza a ser percibido por la mayoría del pueblo venezolano como una parte sustancial de un programa neocolonialista, pueblo para quien, gracias a Hugo Chávez, no escapan totalmente los motivos últimos de la nueva etapa colonial<sup>2</sup>.

Sin embargo, a pesar de la progresiva concienciación popular, de la fuerza del discurso del presidente Chávez y del discurso de un grupo significativo de pensadores/as y políticos progresistas, estos quedan en muchos casos enturbiados por la amplitud del discurso neocolonialista, gracias sobre todo a su carácter global y su cultura hegemónica y cuyos medios de disuasión siguen siendo muy poderosos y tratan de transformar la percepción que se tiene del neocolonialismo mediante herramientas fundamentalmente ideológicas-culturales.

De lo que no cabe duda, en cualquier caso, es de la existencia, desde 1830 hasta finales del siglo XX, de un proceso real de neocolonización, así como de la existencia de un neocolonialismo depredador, sobre todo en los ámbitos cultural y económico. Por ello no es de extrañar que las ideologías endógenas —como las que refieren a las nuevas reconstrucciones historiográficas nacionales— que responden a la construcción de un modelo basado en presupuestos culturales y sociales propios, hayan construido parte de su dialéctica en

---

2 El discurso denigrante del colectivo y el continuado predominio de la mirada colonial sobre el pueblo venezolano, el debilitamiento del sentido de nacionalidad y ciudadanía, el repliegue simbólico de lo nacional a lo local como fuente de cohesión y certidumbre colectivas y la emergencia de proyectos separatistas, son algunas de las evidencias de la debacle cultural venezolana que existía en la coyuntura de fin de siglo XX, con un predominio de la continuada tendencia hacia la desnacionalización integral de la economía y el Estado promovida por las élites oligárquicas y sus grupos regionales y locales.

relación con el otro, fundamentalmente el otro colonial, primero, y neocolonial, después, situación que ha cambiado en parte a partir de la primera década del siglo XXI<sup>3</sup>.

## Los orígenes de Venezuela y el neocolonialismo (1830-1930)

A partir de 1830, la élite oligarca se planteó garantizar el progreso social de Venezuela y su inserción en el escenario mundial. La idea de *progreso* que manejaba la élite oligarca de los momentos iniciales de la República provenía de Europa: el progreso social era pensado como un proceso que se difundiría a escala global, pero tal progreso era desigual gracias a que las varias sociedades avanzaban a diferentes velocidades, condición que estaba determinada por la evolución alcanzada por cada una de ellas. En tal sentido, se consideraba que, como producto de la evolución social, existían, por un lado, las sociedades llamadas civilizadas y, por otro, sociedades que carecían de instituciones y clases. Esas carencias serían las responsables de la disminución en el ritmo que cada sociedad imprimiera en su búsqueda del progreso. Para entender esos ritmos —se pensó— había que considerar la presencia de masas incivilizadas que —se temía— podrían no estar de acuerdo con las metas de la clase dominante y amenazar su legitimidad como conductora de los procesos sociales.

La élite oligarca pensaba que el pueblo venezolano —en tanto producto de la fusión de indígenas y negros/as— constituía efectivamente una masa incivilizada que podía impedirle alcanzar el progreso, por lo cual era deber de la oligarquía ejercer sobre esa masa una hegemonía cultural que le reafirmara a ésta la idea, anteriormente introducida por la Corona, de que su posición en

---

3 El proceso que comenzó a vivir el país a partir de 1999 ha abierto oportunidades para pensar y vivir la cultura desde perspectivas integradoras, inclusivas y democráticas, promoviendo un cambio cultural y una refundación simbólica a partir de la revalorización de las expresiones culturales de nuestro pueblo y de la afirmación de referentes identitarios provenientes de los procesos de resistencia, movilización y reinterpretación de nuestra historia.

la vida y la autoridad de la élite oligarca eran inevitables e irreversibles. De esa manera, el pueblo aceptaría que su explotación formara parte del orden natural de las cosas, continuara creando riqueza para los demás y no devendría pernicioso para la nueva república.

La élite oligarca venezolana diseñó, entonces, una estrategia para ocultar (o minimizar y negar) la participación de indígenas y negros/as en la formación de la nación, desconociendo que sin el aporte de ambos componentes étnicos Venezuela no hubiese existido. En realidad, sin el aporte cultural, biológico, étnico y social indígena no existiría lo que hoy conocemos como sociedad venezolana. Podemos afirmar que desde el siglo XVI, los indígenas conformaron junto con los negros/as la estructura fundamental de la cultura y la sociedad venezolana.

La historiografía le fue útil a la élite para lograr tales fines; se dedicó a partir de entonces a estigmatizar a ambos componentes étnicos, achacándoles los peores y más viles rasgos<sup>4</sup>. Para la historiografía producida por entonces, tales componentes unidos conformaban una masa inculta, incivilizada, indisciplinada, ignorante y parasitaria, totalmente ajena a cualquier forma de control social. De esa manera, la preterización del indígena devino en un recurso discursivo que, asentado en la utilización de la historiografía por parte de la burguesía para legitimar sus políticas públicas, sirvió para invisibilizar las verdaderas raíces nacionales. En primer lugar, se desconocieron, mediante su ocultación, las reales características de las sociedades indígenas que existían para entonces, denigrando de las mismas, negando incluso que poseían un enorme caudal de capacidades y potencialidades creadoras; se decía que habían carecido prácticamente de todo por lo que su legado no tuvo ninguna importancia en la formación nacional. Esta visión sobre el componente indígena se trasladó a todo el pueblo venezolano, que a partir de entonces fue caracterizado de la misma manera

---

4 Ya los Cronistas de Indias que existieron desde el momento mismo de la invasión europea a Venezuela y los viajeros que les siguieron habían calificado a las y los indígenas de cobardes, viles, mentirosos, sucios, bestiales, sin alma, etcétera. Esto ha sido calificado por Britto como “el genocidio moral” que acompañó al más grande genocidio humano que ha ocurrido en la humanidad.

negativa: no tiene, no posee, es incapaz, no produce... (Vargas y Sanoja 1993; Vargas y Sanoja 2012).

Por todo lo anterior consideramos que para tratar el nudo ideológico sobre la preterización de los indígenas es necesario visualizar (entre muchos aspectos o facetas) el papel jugado por la historiografía oficial y el cómo, al estar imbuida, empapada por la ideología neocolonial, ha tenido un profundo impacto en la vida social venezolana ya que ha sido determinante en la autopercepción de los venezolanos y venezolanas, en la construcción de su autoimagen, así como sobre los mecanismos que ha usado el pueblo venezolano a lo largo de décadas para producir y reproducir su identidad nacional<sup>5</sup>.

Todo lo anterior ha ocurrido ya que la historiografía ha jugado un papel muy importante como base de legitimación de políticas públicas en torno a la cuestión étnica nacional, especialmente en el periodo que abarca el proceso de formación y consolidación del Estado-Nación, es decir, finales del siglo XIX-1930<sup>6</sup>.

Creemos necesario, asimismo, resaltar la forma en que la ideología neocolonial puede ser concebida como la expresión de los mecanismos coloniales utilizados para generar lo que Quijano (2000) denomina la *colonialidad*, matriz cultural basada en una estructura de larga duración caracterizada por considerar que existe una supremacía —en todos los órdenes de la vida— de lo europeo frente a lo no europeo<sup>7</sup>. La colonialidad, pues, ex-

---

5 No debemos olvidar que el fenómeno de la *identidad* nos plantea la conformación de procesos que se caracterizan por la síntesis de elementos que provienen de un estado constitutivo de diversidad y hasta de posible contradicción. La *identidad* supone la constante reelaboración y enriquecimiento de elementos sustanciales de la cultura, es conciencia de pertenencia a la cultura, la patria, la nación; también es todo el caleidoscopio de la subjetividad contradictoria, desintegradora e integradora de sus miembros (Ortiz 1993).

6 Bate (1984) plantea que «el “problema indígena”, la “cuestión étnica” y la “cuestión nacional” son temas que se surgen desde la búsqueda de respuestas a exigencias de la práctica política, de tomas de posición ideológico-política, de los requerimientos del proceso de conformación del actual sistema socioeconómico y de la lucha de clases que se desarrolla en su interior...» (Bate 1984: 3).

7 Esta matriz caracteriza —en mayor o menor medida— a todos los pueblos de Nuestra América, afectando de manera diferencial a las distintas clases sociales. Persiste debido a la continuidad de “la colonización del imaginario de los dominados” (Quijano 2000).

presaría la prolongación del legado colonial en la cosmovisión e imaginarios de la población, fenómeno no siempre perceptible pues, en la actualidad, se manifestaría a través del ropaje discursivo del progreso y la modernización. En tal sentido, es necesario afirmar que las investigaciones historiográficas mencionadas antes han estado imbuidas, saturadas y determinadas por la colonialidad existente, la cual posee una apabullante carga ideológica homogeneizadora, negadora de lo diverso y, en tanto tal, propiciadora de la homogeneización de la cultura y la desintegración cultural de la sociedad venezolana. La versión de la historia definida como legítima por la historiografía oficial que ha servido a los grupos sociales de poder, a las élites académicas e intelectuales, así como a las instituciones del Estado liberal burgués, ha estado plagada de demasiadas omisiones y distorsiones acerca de personajes, sucesos y eventos; ha sido negadora de demasiados procesos históricos y ha olvidado convenientemente los resultados de las investigaciones arqueológicas que se iniciaron desde finales del siglo XIX, para tratarse de una casualidad. Dentro de esos “olvidos” en los que incurren las reconstrucciones historiográficas oficiales está la omisión de los procesos sociohistóricos y socioculturales iniciados desde hace aproximadamente 15 milenios hasta la invasión europea a finales del siglo XV.

### **Colonialidad versus Soberanía. El combate contra la colonialidad**

Los “olvidos” que hemos mencionado antes han servido para fragmentar la memoria histórica colectiva, toda vez que la historia oficial se socializa o difunde en la forma de una narrativa que sirve para la elaboración subjetiva y social de una memoria histórica colectiva. En la elaboración de esa narrativa, es preciso recordar el papel central jugado por los historiadores burgueses en la formalización de la historiografía como explicación oficial de la historia de Venezuela. Esto podría tener, como fecha de inicio, la creación de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela en 1888, bajo la presidencia de Juan Pablo

Rojas Paúl. Al igual que sus similares en Nuestra América, la Academia venezolana se instituyó como defensora de la visión historiográfica que legitimaba el triunfo de la burguesía venezolana, cuyo cenit fue la era guzmancista (Vargas y Sanoja 2012).

De allí nacen todos los relatos e interpretaciones historiográficas donde se preterizan a los indios y se estigmatiza a los negros porque ellos formaban los componentes étnicos y culturales a partir de los cuales se había formado el enemigo de clase de la burguesía: el pueblo en tanto clase popular venezolana. Por eso en esos relatos se les niega todo valor histórico en la construcción de la nación, se instituye la necesidad del gendarme que los mantenga aprisionados en su puño de hierro, se les considera poco menos que como animales sin educación, sin cultura, brutos, empobrecidos, incapaces de razonar, plagados de enfermedades y deformidades mentales y similares, tal como la derecha burguesa actual considera a los chavistas y consideró a su jefe Hugo Chávez hasta su muerte. Ello ha ocurrido hasta que ese pueblo, preterizado como los componentes étnicos que lo conforman, comenzó a hacer trizas la historiografía oficial burguesa.

Un elemento interesante de destacar es cómo la ideología que alimenta la historiografía nacional acepta más fácilmente la presencia indígena en el pasado, pero no en el presente. Ello nos hace recordar la utilización de la ideología del “indio muerto y el indio vivo” en las políticas públicas sobre la cuestión étnica en otras partes de Nuestra América, especialmente en Mesoamérica. En el caso venezolano, el “indio muerto” era considerado con cierta condescendencia —cuando se trataba de arawakos o chibchas—, calificándolo de laborioso, creador de tecnologías (por ejemplo, los sistemas de terrazas en la zona andina), disciplinado, etcétera. Cuando se trataba de caribes, era reconocido por haber sido guerrero, de gran ferocidad, valiente, etcétera. Pero si se trataba de los indígenas contemporáneos (sin importar su adscripción étnica, se les denominaba —cuando se les nombraba— flojos, incapaces, sin conocimientos, sin vida espiritual, etcétera.

Por ello, la manera más idónea, urgente y permanente de combatir la preterización de los indígenas como manifestación de la

colonialidad en Venezuela es a través de la educación. El proceso bolivariano debe plantearse, precisamente, una educación que implique la recuperación, reinterpretación y potenciación de los aspectos culturales que han hecho posible mantener la cohesión del país y la posibilidad de superación de aquellos que la han obstaculizado a través de nuevas visiones e imaginarios, nacidos de las experiencias histórico-culturales del pueblo venezolano. La Revolución Bolivariana necesita otorgar centralidad a la cultura, expresada en varios aspectos. Es necesario desarrollar una política pública estratégica en el campo cultural orientada a construir hegemonía y cohesión nacional, así como la organización sistémica encaminada a superar su dispersión histórica (Chávez 2013)<sup>8</sup>. La definición del concepto de *cultura* es el alfa y el omega de un proceso revolucionario, ya que es imprescindible para la estabilidad en la unidad del pueblo venezolano, de sus organizaciones sociales indígenas, campesinas, obreras, feministas, vecinales y populares; en suma debe coadyuvar a ponerle fin a décadas de denigrante subordinación de tales organizaciones y reconocer el papel de todas o la mayoría de ellas en la construcción de la historia colectiva de la Patria.

En el sentido anterior, advertimos la necesidad de que el sistema educativo deje de lado el “olvido” que le conviene a la neocolonización e incorpore en todos los niveles educativos, entre muchas otras visiones, lo siguiente:

- 1) Que difunda el conocimiento objetivo y verdadero que han producido las investigaciones arqueológicas sobre las sociedades ancestrales indígenas, sin olvidos convenientes ni distorsiones falaces.
- 2) Que no siga divulgando la idea, por demás errónea, de que en Venezuela los indígenas desaparecieron con la invasión

---

8 La identidad cultural de un pueblo se constituye desde las raíces poblacionales, étnicas, culturales, diversas que lo forman en una dimensión temporal histórica. Esa identidad se constituye mediante un proceso dialéctico y múltiple de integración de referentes sustanciales diversos, propios del contexto histórico-social y físico-natural, donde se va produciendo la mezcla, los préstamos y elaboraciones sintéticas que van definiendo lo que, para cada momento histórico, representa la identidad (Ortiz 1993).

Europea. La gran mayoría se desplegó como comunidades semiautónomas hasta que fueron absorbidas por la sociedad nacional. Una minoría se mantuvo como comunidades autónomas en las regiones limítrofes territoriales del Estado nacional, las cuales todavía ocupan.

- 3) Que no siga reproduciendo los estereotipos negativos sobre los indígenas y los negros/as, bases de nuestra nacionalidad.
- 4) Que la educación no siga estimulando estereotipos que le adjudican valor a comportamientos indígenas no solo negativos sino falsos, como la supuesta "viveza" caribe o su supuesta vocación solo para la guerra.
- 5) Que se exalten los comportamientos socialistas indígenas: solidaridad, cooperación, reciprocidad, carácter común a todas las comunidades indígenas precoloniales.
- 6) Que se transmita con fuerza y rigor el conocimiento sobre la diversidad de relaciones de las comunidades indígenas con la naturaleza a lo largo de la historia: equilibrio, respeto, conservación, preservación.
- 7) Que se posibilite hacer del conocimiento colectivo los innumerables aportes tecnológicos que nos legó la sociedad indígena precolonial, en áreas tan significativas como la agricultura, la balística, la construcción de viviendas, el manejo de las aguas, la pesca artesanal, etcétera.
- 8) Que se pueda llegar a conocer en toda su variedad y riqueza el uso social del espacio, base de nuestra actual territorialidad regional y nacional.
- 9) Que se conozcan sus aportes expresados en sus saberes y conocimientos sobre etnomedicina, herbolaria, agrología, ingeniería genética vegetal y similares.

En suma, que se reconozca que en el combate contra la colonialidad y en la lucha por la soberanía nacional debe existir en la educación un reconocimiento explícito para que el conocimiento de nuestros orígenes y pasado histórico actúen como eje vertebrador de la

subjetividad colectiva. Ese conocimiento debe ser perseguido por la educación en los momentos actuales, para poder dotar a los individuos de los instrumentos que les permitirán decodificar los significados de los problemas sociales actuales de cara a construir un nuevo sistema de valores, en diversos espacios sociales e institucionales, incluido el ámbito escolar.

En estos momentos no es posible ni conveniente obviar la importancia subjetiva de la identidad nacional; tampoco del hecho de que la autoestima colectiva es parte importante de la identidad nacional, y ésta se ve afectada por la valoración positiva que se logre de los personajes de la historia venezolana a través de la educación. Esta tarea es tanto más importante cuanto en los actuales momentos la Revolución Bolivariana está enfrascada en fortalecer el Poder Popular, mediante la construcción de los consejos comunales y las comunas.

### **Efectos nocivos de la preterización de los indígenas y la ideología neocolonial sobre la actual sociedad nacional**

Consideramos que las políticas públicas estatales venezolanas han regulado tanto las relaciones de producción como la construcción cultural, las ideas y valores que posee la sociedad nacional, sus imaginarios sobre las poblaciones originarias (indígenas y negro-venezolanas), a fin de producir un modelo hegemónico de nación: una nación, una historia y una cultura.

Como sucede en todo Estado burgués, el venezolano que surge a finales del siglo XIX no toleró más que una historia nacional y una tradición nacional. El papel que han jugado las reconstrucciones historiográficas en ese sentido —como ya hemos planteado— ha sido, por un lado, producir un conocimiento que niega la continuidad del proceso histórico, que se basa en una supuesta ruptura histórica, ya que aunque pueda llegar a aludir a los indígenas para referirse a un pasado muy remoto, o en algunos casos a uno un poco más reciente, de 500 años atrás, considera que los catorce siglos precedentes transcurridos desde que existe vida social organizada

en lo que es hoy Venezuela no tuvieron ninguna trascendencia para los siglos siguientes, es decir, para la formación y desarrollo de la nación. Con esta posición niega la existencia de un proceso histórico continuo, segmentándolo en bloques autocontenidos, incomunicados e independientes unos de otros: *Período Indígena, Período Colonial, Período Republicano* (Vargas 1995). Por otro lado, han servido de legitimación de un discurso donde ha predominado una percepción colonizada de la realidad, discurso denigrante del colectivo, del pueblo que es el resultado de la fusión de variados grupos étnicos.

Lo anterior favoreció durante todo el siglo XX un aumento de las tensiones étnicas, de carácter histórico-cultural, entre la sociedad criolla y las comunidades indígenas, ya que las contradicciones de los diversos componentes étnico-nacionales se manifestaron con mayor evidencia en el plano cultural. La intensificación de las contradicciones étnicas estuvo acompañada de la disminución de las condiciones económicas populares, situación que afectó de manera negativa particular a las comunidades indígenas.

Debemos mencionar algunas de las aspiraciones de las comunidades indígenas actuales. Al visualizar las posiciones desarrolladas por los distintos grupos étnicos destaca un campo de reivindicaciones étnicas que giran en torno al reclamo de los derechos territoriales y la preservación de sus expresiones socioculturales; ambas aspiraciones son centrales en la perspectiva presente de las dinámicas productivas y reproductivas de las comunidades indígenas. Éstas están involucradas en el problema de la territorialidad, en tanto espacio de producción y reproducción de su vida social, apelando a su etnicidad; demandan asimismo derechos de igualdad, pero también el reconocimiento de derechos especiales como pueblos originarios y solicitan esferas jurídicas autónomas y también el derecho para mantener identidades etnonacionales distintas.

Por todo lo anterior consideramos que son necesarias nuevas o fortalecidas relaciones de las comunidades indígenas con el Estado, especialmente con el Estado concreto que existe en la actualidad, el Bolivariano. Urge contar con unas comunidades indígenas

organizadas e informadas, pendientes y activadas en estos momentos que son completamente diferentes en tanto que el Estado Bolivariano aboga por la participación de todos y todas y enfrenta retos en una dimensión distinta a la que anteriormente se había venido planteando. Por otro lado, el Estado Bolivariano ha hecho posible la existencia de un espacio asociacional político que —a su vez— ha provisto la oportunidad para la organización política de las comunidades indígenas.

Para Venezuela, es necesaria la incorporación de los indígenas en el motor fundamental de todo este proceso de transformación social<sup>9</sup>.

Las comunidades indígenas deben mirarse a sí mismas como un nuevo sujeto con responsabilidades y oportunidades diferentes a las que tenían en la historia pasada, marcada por posiciones indigenistas que eran coherentes con un Estado liberal burgués. Sin embargo, reconocemos que a pesar de los grandes avances al respecto que han supuesto una fuerte voluntad política estatal por parte del Gobierno Bolivariano y también ideas, pensamientos, técnicas e innovaciones, el Estado Bolivariano debe por su parte aprender a contar con insumos desde fuera de su institucionalidad para una adecuada gestión de las comunidades indígenas dentro de su proyecto nacional bolivariano, de carácter democrático y popular, con la inclusión de todos los venezolanos/as, indígenas o no. El Estado Bolivariano ha abolido, de hecho, el régimen de ciudadanía cuarta-republicano que no incluía a las comunidades indígenas dentro de la membresía política nacional. La Constitución de 1999 corrigió ese asunto y señala no solamente que en el caso de los indígenas se trata de venezolanos y venezolanas sino también cuáles son sus derechos y cómo se estructuran sus intereses en la intermediación con el todo que es el Estado. De lograrse esto plenamente y con la satisfacción de ambas partes, el resultado sería —se puede decir— plasmar los sueños de décadas de luchas históricas indígenas, sin contravenir las metas establecidas

---

9 A pesar del apoyo que ha hecho un número significativo de antropólogos/as a las comunidades indígenas, no se deben promover expectativas no realistas acerca de una propiedad indígena sobre recursos naturales depositados en el subsuelo, lo que contraviene a la Constitución Nacional. En ese sentido, autores como Geertz señalan que los Estados necesitan estimular a los grupos étnicos para que adopten una identidad cívica compartida ante el Estado y que expresen sus identidades étnicas en foros más privados.

en torno al logro de una sociedad venezolana socialista, de carácter multiétnico y pluricultural como manda la Carta Magna.

Para alcanzar ese horizonte de participación que incluya también a todas las comunidades indígenas se necesita que en las políticas públicas que atienden a la cuestión étnica actúen los diferentes niveles del Gobierno revolucionario, con procedimientos y definiciones homologadas y con flexibilidad, que la acción de gobierno ocurra de manera oportuna, con la calidad adecuada y con el uso eficiente de los recursos públicos. La Revolución Bolivariana ha abierto la puerta para ese proceso con direccionamientos claros y decididos sobre una Venezuela justa, participativa y protagónica, de manera que es imprescindible que las comunidades indígenas comprendan que el Estado y la sociedad criolla venezolana no necesariamente deben ser considerados por ellas como su referente antagónico. Las comunidades indígenas deben asumirse como actores, realizar análisis colectivos, ejercicios que podrían dar mejores resultados en términos de afinamiento de la gestión pública. Todo ello contribuiría, ciertamente, a profundizar la democracia.

Creemos que existe un gran espacio de resignificación para la mayor parte de las aspiraciones de las comunidades indígenas, toda vez que el contar con comunidades movilizadas, activadas y por supuesto propositivas es fundamental para el gobierno, pues estamos hablando, precisamente, de la construcción de los cimientos estructurales de la nueva Venezuela, independiente, soberana, justa, participativa, internacionalista y solidaria, que es como decir *Bolivariana*.

## **Las comunidades originarias<sup>10</sup> y la formación de la nación venezolana: caribes y negros y la fragua del pueblo venezolano**

La Constitución Bolivariana es un proyecto nación que plantea la existencia de una cultura nacional concebida como la síntesis orgánica de la diversidad cultural, de todas las experiencias históricas compartidas, de las hazañas colectivas, de las grandes luchas comunes y de los resultados y memorias de esas prácticas; se nutre así de los valores resemantizados de todos los sistemas sociales precedentes al presente. El elemento dominante en ese proyecto es la convicción de una vida en colectivo que se da cuando la población siente que constituye un grupo, distinto de cualquier otro, con vida propia, intereses especiales y necesidades comunes.

La definición del proyecto nacional venezolano bolivariano se fundamenta en la gesta de las/los primeros pobladores del territorio venezolano: las antiguas comunidades de recolectores y cazadores y luego de las comunidades tribales, productoras de alimentos, arawak, caribe y chibcha que llegaron a conformar en el siglo XV de la Era suertes de etnias-naciones concretadas territorialmente dentro de lo que puede ser definido como *regiones históricas*. Las investigaciones recientes en arqueología, antropología física y etnohistoria, realizadas por nosotros y nuestros alumnos Molina, Gil y Salazar, han tenido como resultado definir la existencia en el noroeste de Venezuela de una sociedad caquetía de tipo Estado, que corresponde con el concepto de *señorío*, como el de Manaure, explicado originalmente por nosotros en nuestra obra *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos*. Señorío cuyo territorio central abarcaba desde el actual estado Falcón hasta Barinas y Apure. Esto explica por qué la región de los valles de El Tocuyo, Carora, Quíbor y El Turbio (actual estado Lara) se transformaron en pocos años en el lugar central del proceso de colonización del noroccidente de Venezuela. Ello conforma un nuevo paradigma histórico que explica

---

10 Aquí estamos entendiendo por *comunidades originarias* las precoloniales, las que existieron desde 14.500 años hasta el siglo XVIII. Las existentes en la actualidad las consideramos como descendientes de las primeras, pero que no poseen una vida autónoma. Aunque no son capitalistas, al vivir en una sociedad capitalista sus culturas poseen fuertes rasgos capitalistas.

asimismo el papel que han jugado y siguen jugando los movimientos sociales en los estados Lara, Yaracuy, Falcón y Portuguesa en los actuales procesos de transformación social que han tenido lugar en dicho espacio desde 1960 hasta el presente.

Aquellas regiones geohistóricas conforman la raíz de la actual arquitectónica territorial del Estado-Nación venezolano y definen su singularidad dentro de la macrorregión geohistórica suramericana y caribeña que hoy se materializa políticamente en la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC).

Para el siglo XVIII, las comunidades de origen caribe, al igual que las comunidades negro-venezolanas, conformaban el componente demográfico más importante de la población de la Provincia de Caracas, asiento del Gran Señorío Caribe, tanto reducidas en misiones o plantaciones o reunidas en cumbes. Aunque la mayoría de la población esclava negro-venezolana, según Acosta Saignes (1984: 156), se hallaba concentrada en el territorio de los actuales estados Miranda, Guárico, Yaracuy, Cojedes, Lara y Portuguesa, los mulatos/as, zambos/as y en general los mestizos/as, además de los blancos/as de orilla ocupaban la mayor parte del territorio nacional, constituyendo por lo menos el 90% de la población venezolana de entonces.

Para el siglo XVIII, punto nodal en la historia del pueblo venezolano, el proceso criollo de colonización tenía como meta reestructurar la fuerza de trabajo —tanto indígena como negro-venezolana— como parte de la sociedad clasista en proceso de formación. Ello se manifestó mediante la simbiosis de dos modos de trabajo: uno, generalizado, que incluía la agricultura, la cría doméstica de ganado vacuno, caballar, caprino y aves de corral, la pesca, la producción artesanal general y el comercio; y otro, sumamente especializado en la cría y el pastoreo de ganado vacuno y caballar introducido por los españoles.

La población indígena, desde el siglo XVI, había conformado el componente cultural y demográfico de mayor peso en la formación de la sociedad urbana venezolana. Las ciudades originarias no se

fundaron en un espacio vacío sino, por el contrario, donde existían mayores concentraciones de población indígena. Por esa razón, para mediados del siglo XVIII, la población indígena que habitaba en el ámbito territorial dominado por la cultura criolla se había insertado dentro de los circuitos de producción, circulación, distribución y consumo de los bienes y mercancías que eran necesarios para la reproducción de la sociedad criolla. La localización espacial de las comunidades indígenas, convertidas para ese momento en barrios, estaba en la periferia de cada centro histórico habitado por los criollos y mantuanos en general; barrios donde la población indígena retroalimentaba su etnicidad y su cultura separada de la etnicidad y la cultura criolla, aislada y ausente también, de cierta manera, de los eventos históricos de la modernidad que sacudían tanto a la sociedad europea como a la caribeña en particular. Buena parte de la población indígena descendiente de la originaria vivía en los antiguos pueblos de misión, donde existían tierras de cultivo y cría de animales domésticos dentro de un régimen de propiedad comunal, formando un tejido conectivo socioeconómico y cultural alrededor de los principales centros urbanos que mantenía, al mismo tiempo, la funcionalidad de las relaciones ciudad-campo (Sanoja Obediente 1988: 93-108).

La población negro-venezolana tenía asignada su función como fuerza de trabajo en la sociedad y el ámbito territorial criollo: trabajo esclavizado en las plantaciones y las explotaciones mineras; servicio doméstico en las familias criollas o mantuanas urbanas que podían comprarse esclavas o esclavos para tales menesteres. A diferencia de la población indígena, la negro-venezolana tenían un origen muy diverso: una minoría todavía provenía directamente de África, pero la mayoría era segunda generación de esclavos nacidos en el Caribe insular: Cuba, Haití, La Española, Martinica, Guadalupe y Venezuela. La minoría de esclavos domésticos y libertos estaba en contacto con las ideas revolucionarias de la modernidad burguesa europea que proclamaba la *Libertad*, la *Igualdad* y la *Fraternidad* del género humano, bien fuese oyendo las discusiones de sus amos, leyendo los textos escritos que llegaban a Venezuela en los “navíos de la Ilustración” o iluminados por el pensamiento de otros negros provenientes de las Antillas francesas.

Durante el siglo XVII, los indígenas y los negro-venezolanos tejieron estrechas relaciones y alianzas entre sí, tanto en lo físico como en lo cultural, conviviendo en muchas haciendas, cumbes, “rochelas”, palenques y patucos así como en los mismos barrios urbanos. La conciencia política de los negro-venezolanos se nutría, directa o indirectamente, de la ideología revolucionaria del momento: los principios proclamados por la revolución democrático-burguesa en Europa y por los jacobinos negros en Haití y Santo Domingo, compartiendo los objetivos señalados luego por la rebelión democrático-revolucionaria de Manuel Gual y José España. La rebelión de los esclavos negros y de los negros libres los consolidó como agente histórico que aceleró la crisis de la formación colonial venezolana donde ellos constituían la fuerza de trabajo explotada (Brito Figueroa, 1973: 266).

La extraordinaria expansión territorial y densidad demográfica de los negro-venezolanos a partir del siglo XVIII constituyó una segunda colonización del territorio venezolano, lo cual demuestra —como dice Acosta Saignes— cuán intensa fue su participación en la conformación definitiva de nuestra sociedad: juntos, los caribes y los negros fundaron pueblos, abrieron campos de cultivo, desarrollaron artesanías, se convirtieron en los aguerridos pastores de ganado que hoy llamamos llaneros, innovaron y ayudaron a desarrollar localmente técnicas constructivas para viviendas populares como el bahareque y la tapia, entre otras, pero fundamentalmente el gran aporte de ese proceso de transculturación entre caribes y negros fue la creación de la cultura venezolana, de los rasgos somáticos generales, de las expresiones religiosas como el San Juan Guaricongo, el San Benito y los cultos sincréticos de María Lionza, el Negro Felipe y Guaicaipuro; expresiones musicales como el sangreo, la quirpa, el golpe tuyero, el baile de tambor, las danzas y el merengue, etcétera, y formas gestuales y dialectales que distinguen la singularidad del pueblo venezolano, frutos de una experiencia humana genuina, específica y colectiva (Acosta Saignes, 1984:294; Guerra, 1984: 65-67; Ramos Guédez, 2001: 242-249). Si bien como resultado de aquel intenso mestizaje raramente un/a venezolano/a se parece físicamente a otro/a, esa extrema diversidad fenotípica es justamente lo que nos diferencia de los otros pueblos nuestroamericanos. En adelante,

cuando hablemos del pueblo venezolano, es necesario recordar a esa fragua social, como la llama Acosta Saignes, la cual dio origen al 80% de nuestra población actual.

A partir de 1830, cuando se inicia el proceso de rebelión social contra la nueva oligarquía republicana, los descendientes de caribes y negro-venezolanos, los zambos, mulatos y mestizos entraron en la lucha por conquistar su independencia y su libertad social —que es como decir *la libertad del pueblo venezolano*— hasta lograr finalmente, a partir de 1998, asumir el papel protagónico de la Revolución Bolivariana para lograr su emancipación del poder burgués venezolano.

## **Cómo operó la ideología antipopular, racista y patriarcal durante la IV República**

Para entender cómo operó la ideología clasista, racista y patriarcal a lo largo del siglo XX y particularmente durante el período de la IV República, debemos señalar las diversas modalidades históricas que adquirió esa ideología y sus diversas cronologías. Aunque, como ya se ha dicho, el pueblo venezolano fue estigmatizado desde el mismo momento de la invasión europea a finales del siglo XV, y aunque tal práctica continuó por varios siglos, se hizo con algunas variantes que respondieron a los distintos momentos cuando los movimientos de rebelión y resistencia de negros, indios y mujeres tuvieron confrontaciones directas o indirectas con el poder constituido.

Uno de los recursos más socorridos por ese poder fue la utilización de estereotipos culturales negativos, lo que sirvió como justificación y de legitimación para el uso de diversos mecanismos de exclusión social; en tal sentido, hemos establecido una periodificación basada en ellos:

### *1) Los Cronistas de Indias*

Es importante señalar que se trata de la primera fase en la que los conquistadores y colonizadores europeos utilizaron una ideología

que persiguió, por una parte, poder aplicar los métodos más crueles, incluyendo la tortura y la muerte, para conquistar a los negros y los indígenas, así como sus territorios. Se consideró en aquellos momentos que, puesto que los indígenas no eran gente ni tenían alma, se justificaban los desmanes contra ellos pues constituían una suerte de animales. Por otra, su aplicación debía servir para convencer a los sobrevivientes de su minusvalía y garantizarse su obediencia ciega.

Algunos de los calificativos culturales más comunes, acuñados por los Cronistas sobre el pueblo venezolano durante los inicios de la colonia fueron: perezoso, emotivo y no racional, falta de motivación y de creatividad, indolente, violento y cruel, con una noción particular del tiempo en la que no existe la idea de un porvenir inmediato, supersticioso y sin motivación de logro (Montero, 2008: 19). Durante los siglos subsecuentes estos calificativos no desaparecieron; si acaso se intensificó su uso.

## 2) *La discriminación por género*

Con respecto a las mujeres, se manejaron en esta primera fase y en toda la colonia algunos de los siguientes estereotipos: seres inferiores a los hombres, incapaces de realizar otras tareas distintas a las de reproducción biológica y social, que tienen una necesidad permanente de ser representadas por los hombres, seres sensibles y emocionales, por lo tanto poco racionales; solo han nacido para ser madres, entre otros.

Uno de los efectos más terribles de estos estereotipos fue la conversión de la diferencia en desigualdad social y a partir de allí la subvaloración y la dominación de indígenas, negros-mestizos y mujeres (Vargas, 2006). Estas visiones y estereotipos sobre las mujeres han variado ligeramente, aunque la mayor parte se mantiene en uso hoy día.

## 3) *La oligarquía*

A partir de 1830, la oligarquía aplicó los siguientes calificativos culturales al pueblo de Venezuela: consideraba que se trataba de un pueblo disociado de la gesta independentista, que incluso fue

reluctante a ella y que, por el contrario, se alió con las fuerzas más oscuras de la sociedad, lo cual se decía para referirse a la adhesión de grandes cantidades de personas populares al caudillo Boves (Úslar, 2010), por lo que a los anteriores calificativos se sumaría el de sanguinarios.

La misma oligarquía, una vez desaparecido el Libertador y la Gran Colombia, se dedicó a convertir el pueblo en el telón de fondo de las luchas de los criollos emancipadores, olvidando convenientemente el papel que éste había jugado en las luchas por la independencia y el hecho de que fue solo con la incorporación del pueblo al ejército patriota que Bolívar, Sucre y demás libertadores pudieron derrotar el imperio español.

Según la caracterización oligarca, el indígena era atrasado no solo con respecto a Europa sino también en comparación con las poblaciones precoloniales de otras latitudes americanas, como Mesoamérica y los Andes centrales, en donde —se decía— los indígenas originarios sí desarrollaron totalmente su creatividad, lo que se manifestó en el dominio de conocimientos matemáticos, astronómicos y similares. Aunque esta comparación permeaba desventajosamente para la valoración que se hacía de las poblaciones originarias venezolanas, en Mesoamérica, al igual que aquí, la ideología introducida por los españoles consideró que las poblaciones indígenas de aquella región tampoco habían aportado nada positivo a la construcción de la sociedad nacional mexicana, peruana, guatemalteca, boliviana o ecuatoriana, invocando la barbarie de los indígenas, sus desvíos con respecto a la razón natural, sus costumbres depravadas y su falta de entendimiento, de capacidad y de civilidad.

Según aquella posición, las poblaciones indígenas venezolanas no habían creado absolutamente nada, pues eran supuestamente poblaciones sin cultura; se decía que no fueron ni agrícolas ni pastoriles; solo cazadoras recolectoras nómadas; que no practicaban la metalurgia, no construyeron ciudades o pueblos ni edificaciones; no poseían una manera de educar, no tenían creatividad, ni pensamiento propio; que carecían de visiones del mundo, sin conocimientos sobre astronomía, sin arte, sin religión, sin alguna sistematización

científica. Según todo lo anterior, solo se dedicaban a la molición o a guerrear entre sí. En suma, se trataba de gente con una total falta de conocimientos y sabiduría, con carencias en el pensar y en la transmisión de ideas, excepto si consideramos su pensamiento mitológico. De más está señalar la falsedad de *todas* estas afirmaciones.

Del segundo componente, el negro, la caracterización negativa variaba ligeramente, siendo los rasgos más resaltantes la fortaleza física, la insolencia y la rebeldía. También era considerado erróneamente como atrasado. Se desconocía que la mayoría de los/las esclavos/as negros/as provenían de sociedades africanas estructuradas, generalmente reinos, en donde se habían desempeñado como mineros, herreros, agricultores y en muchos otros oficios.

En las reconstrucciones historiográficas de la época, muy pocas mujeres o casi ninguna es reconocida como participante de alguna manera en el proceso de independencia.

Los calificativos culturales sobre el pueblo venezolano acuñados por la historiografía desde comienzos del siglo XX hasta el presente no fueron muy diferentes a los de los tres siglos anteriores. Los historiadores, intelectuales orgánicos de la burguesía, desde las primeras tres décadas —y hasta hoy día— han seguido considerando que el pueblo venezolano era y sigue siendo díscolo, analfabeta, ignorante y, sobre todo, anárquico y rebelde, por lo que requiere de una mano dura para someterlo. La diferencia con respecto al siglo anterior (XIX) estuvo en que para entonces se consideró que esos rasgos eran innatos ya que se debían, supuestamente, a una tara hereditaria. Surgió así la tesis del “gendarme necesario”, la mano dura que metería en cintura a esas poblaciones, que sirvió asimismo para legitimar la del “tirano necesario” y las dictaduras subsecuentes (Vallellanilla Lanz, 1983; Vargas, 2005).

Para las cinco primeras décadas del siglo XX, intelectuales orgánicos de la burguesía como Mario Briceño Iragorry y Arturo Úslar Pietri definieron al pueblo venezolano como “carente de densidad o continuidad de contenido espiritual y vive en una permanente crisis de inseguridad y desorientación, actuando como una masa ciega y

por lo tanto manipulable” (Briceño Iragorry, 1988). Consideraban que, por esas razones, el pueblo venezolano constituía una multitud indiferenciada, inconsciente de los deberes sociales que son consustanciales con la vida republicana, sin metas claras, sin conciencia social de lo que le ocurría, por lo cual suponía una suerte de masa inerte que sólo se movía si la élite oligarca, o un caudillo, lo decidía en función de sus intereses.

Años más tarde (1998-años 2000), la oligarquía y grandes sectores de las clases medias lo tildan de desdentados, turba, monos, macacos, etcétera, y al líder bolivariano Hugo Chávez lo calificaban de la misma manera, agregando el apelativo de caudillo.

Para mediados-finales del siglo XX, aunque las políticas públicas intentaron atender el complejo asunto de nuestra diversidad cultural y étnica, ignoraron no solamente a nuestros ancestros aborígenes originarios como forjadores de la nación, sino también el papel que han jugado y juegan sus descendientes actuales en la moderna Venezuela; no llegaron siquiera a plantearse que éstos debían ser considerados miembros plenos de derecho en la sociedad nacional. Lo mismo ha sucedido con los negro-venezolanos, a pesar de constituir el 65-70% de la población venezolana. De 1960 en adelante se fortaleció la ideología del mestizajismo<sup>11</sup> de comienzos de siglo y la hegemonía cultural de las élites partidarias del estatus que se sucedieron en el poder socio-político-económico hasta 1998.

El único elemento cultural de las sociedades indígenas originarias que se incorporó a la identidad social de los/las venezolanos/as durante el siglo XX fue el de los calificativos aplicados a los caribes: belicosos, feroces y valientes guerreros, cuyo representante más reconocido ha sido el cacique Guaicaipuro. Esto supuso, infortunadamente y como ya hemos señalado, un desconocimiento total y un reduccionismo de lo que fue la etnia-nación caribe y sus numerosos avances en el campo de la tecnología agrícola, la navegación, la formación de espacios semiurbanos, sus creaciones

---

11 Hemos definido como *mestizajismo* la ideología que se deriva de la manipulación política del proceso de mestizaje.

artísticas artesanales, sus conocimientos sobre una variedad de medio-ambientes, etcétera. La ideología acuñó además el estereotipo del caribe como una persona aguda y llena de una viveza usada solo para engañar, condición supuestamente heredada de los caribes originarios. Tanto es así que hasta se creó un verbo en el habla común para denotar ese accionar tramposo y abusivo: *caribear*. Se desconoció la importancia organizativa de los caquetíos y sus descendientes a pesar de que ello se refleja en la actualidad en el alto número de cooperativas y comunas que existen en el territorio del antiguo Señorío Manaure.

En el caso de las comunidades negro-venezolanas originarias, el único elemento cultural que se incorporó a la identidad social de los/las venezolanos/as durante el siglo XX fue su aporte a la música sincrética, fundamentalmente sus instrumentos como la “clave” y los tambores. Esto se evidencia de muchas maneras, pero mencionaremos una en particular: el uso del vocablo de origen africano “rochela” con un cierto sentido despectivo. Se emplea para denominar las fiestas caracterizadas por la utilización de tambores, un alto ruido y un gran barullo; también para nombrar momentos de indisciplina y descontrol colectivo, o situaciones en que ciertas personas violan normas sociales, casos en los cuales se usa como adjetivo: “esas personas están arrocheladas”.

## **La educación y la enseñanza de la historia**

En la presentación de la edición en 2009 de la obra *Doctrina del Libertador*, con prólogo de Augusto Mijares, se dice: “La educación constituye el único terreno donde se alcanza la verdadera y definitiva independencia libertaria”. También se señala: “De sobras conocía [Bolívar] que a la independencia político-militar debía seguir la independencia cultural y educativa o de lo contrario se perdería la gesta en manos del poderoso oponente imperial...” (2009: 7, 8).

Con base en lo anterior, y recordando la advertencia de Marx de que la educación no solo está indisolublemente ligada al cambio social sino que “el hombre [también las mujeres, decimos nosotros]

no está formado por las tradiciones sino por su participación en la vida social en la cual crea y expresa sus deseos”, podemos afirmar que el asunto de la enseñanza de la historia en Venezuela no es un problema menor ni debe ser pospuesto hasta que se logre la transformación de la estructura socioeconómica y hasta que se satisfagan todos los deseos colectivos.

El contenido de lo que se enseña sobre la historia debe ser coherente con el proyecto político que se posee y defiende. Por ello, para construir el socialismo, incluso para los mismos inicios de esa tarea, necesitamos contar con ciudadanos/as que crean que la transformación social es una necesidad y un imperativo. Y para contar con esos ciudadanos/as necesitamos crear un sistema educativo capaz de formar personas conscientes de su historia, de los logros y de los errores de sus ancestros; de todos ellos, sean indios, negros, españoles o gente proveniente de otras muchas regiones y latitudes; sean hombres, sean mujeres; eso sí, es necesario que sean ciudadanos/as capaces de amar a su patria y defenderla de cualquiera de sus enemigos; que sean ciudadanos/as que consideren que la creación cultural nacional es tan valiosa como la que proviene de cualquier otro lugar, y que no piensen que la vida social implica copiar modelos culturales foráneos para que el llamado primer mundo considere a los/as venezolanos como “civilizados”. En ese sentido debemos recordar que las nuevas reconstrucciones historiográficas, alternativas a las burguesas, todavía no han logrado incidir de manera contundente en el imaginario colectivo, pues los resultados de las investigaciones históricas no han estado articulados hasta ahora con el sistema educativo en sus diferentes niveles, es decir, con la necesaria educación transformadora.

El sistema educativo necesario para una Venezuela socialista será aquel que permita conocer nuestra historia sin distorsiones ni mentiras y que forme educadores/as, multiplicadores/as, conocedores/as de ella, que se interesen por enseñar las luchas históricas de nuestro pueblo por la libertad y la justicia social. Ello nos hará combativos/as ante el imperialismo al mismo tiempo que nos permitirá estimular nuestras capacidades creadoras. Solo con un sistema educativo planificado de esa manera será posible comenzar a atacar

hasta revertirla, la colonialidad, la ideología de la neocolonización; combatir los antivalores burgueses, oligárquicos, pro-imperialistas y antinacionales de los cuales hasta ahora son portadores también e infortunadamente un importante número de educadores/as formados al calor de la democracia representativa. La posibilidad real de lograr, a nivel general de la sociedad, la transformación del sistema de valores y la creación de la ética revolucionaria necesarias para la construcción del socialismo se asienta en la posibilidad de estructurar un tipo de educación que revolucione el actual sistema de valores, que transmita y reproduzca cánones de conducta que den como resultado nuevas condiciones sociales transformadoras. No se trata, obviamente, de un proceso simple o puramente mecánico; es necesario diseñar y utilizar métodos educativos para transmitir conocimientos científicos y técnicos, pero también nuevos valores que potencien aquellas pautas de comportamiento social coherentes con un modo de vida socialista. El norte de ese tipo de educación debe ser, entonces, el hacer participar activamente a las y los alumnos, potenciar su capacidad crítica, enseñarles a asumir sus responsabilidades y estimular las iniciativas personales, crear espacios de libertad y responsabilidad tanto en el contexto local como en el plano nacional; en suma, debe servir para educar a los individuos en la participación, la responsabilidad y la solidaridad sociales para lograr una convivencia basada en el respeto, la justicia y el bienestar general. Para ello es imprescindible el conocimiento histórico. Éticamente, el conocimiento histórico es un arma de emancipación nacional que serviría a los/las venezolanos/as de cualquier condición social para conocer su lugar en el mundo y para emular las luchas históricas de indígenas y negros/as, así como las del pueblo en su conjunto por la libertad y la justicia social.

## Bibliografía citada

**Acosta Saignes, Miguel.** 1984. *Vida de los esclavos negros en Venezuela*. Vadell Hermanos Editores. Caracas.

**Bate, Luis Felipe.** *Cultura, clases y cuestión étnica nacional*. 1984. Primera edición publicada por Juan Pablos Editores, México D.F.

**Brito Figueroa, Federico.** 1973. *Historia económica y social de Venezuela*. Vol. I. Colección Ciencias Económicas y Sociales. Universidad Central de Venezuela. Ediciones de la Biblioteca. Caracas.

**Britto García, Luis.** 2014. *Leyenda negra contra la democracia venezolana: turba y sociedad civil*. Archivo General de la Nación. Colección Difusión. Caracas.

**Chávez, Hugo.** 2013. *Golpe de Timón*. Editado por la Secretaría General de Gobierno. Impreso por la Imprenta Oficial del estado Nueva Esparta.

**Guerra, Franklin.** 1984. *Esclavos negros, cimarrones y cumbes de Barlovento*. Cuadernos Lagovén. Caracas.

**Mijares, Augusto.** 2009. Prólogo. *Doctrina del Libertador*. Fundación Biblioteca Ayacucho. Caracas.

**Montero, Maritza.** 2008. Universidad Central de Venezuela *Ideología, alienación e identidad nacional*. Ediciones de la Biblioteca. Caracas.  
Ortiz, Fernando. 1993. En: *Etnia y sociedad*. Ed. Ciencias Sociales. La Habana.

**Quijano, Aníbal.** 2000. Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En: *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. P. 246. Edgardo Lander (comp.) CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Buenos Aires.

**Ramos Guédez, José.** 2001. *Contribución a la historia de las culturas negras en la Venezuela colonial*. Instituto Municipal de Publicaciones. Alcaldía de Caracas. Caracas.

**Sanoja Obediente, Mario.** 1988. La sociedad indígena venezolana entre los siglos XVII y XIX. En: *Venezuela en los años del general Urdaneta (1788-1845)*. Universidad Rafael Urdaneta. Italgráfica. Caracas.

**Sanoja Mario e Iraida Vargas.** 1992. *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos*. 3.<sup>a</sup> edición. Monte Ávila Editores Latinoamericana. Caracas.

**Vargas, Iraida.** 1995. The perception of History and Archaeology in Latin America. En: *Making Alternative Histories*. P. 47. School of American Research Advance Seminars. Santa Fe.

**Vargas, Iraida y Mario Sanoja.** 1993. *Historia, identidad y poder*. Ediciones del Fondo Editorial Tropykos. Caracas.

**Vargas, Iraida y Mario Sanoja.** 2012. *Una lectura geohistórica: Hacia la construcción del Estado Popular Comunal*. Ediciones de la Escuela Venezolana de Planificación Social. Caracas.

D

C O L E C C I Ó N  
**DIFUSIÓN**

